

La Universidad de Oviedo y sus fastos

LA UNIVERSIDAD ESPAÑOLA anda más bien de capa caída desde hace tiempo.



Tan sólo dos de nuestros centros aparecen en la lista de las 200 mejores universidades del mundo: el de Barcelona y el Pompeu Fabra, en la misma ciudad. El resto se debate desde hace años en medio de problemas diversos: la proliferación de campus con la consiguiente pérdida de calidad. El nivel cada vez más bajo de los alumnos que acceden a las aulas, según afirman los enseñantes. La falta de movilidad de los profesores, que no deja de suponer una pérdida de riqueza. Y, en general, la dejadez de los gobiernos, que, tristemente, no parecen haberse preocupado nunca en exceso por la educación. A todo eso se añaden, por supuesto, la actual crisis y los recortes presupuestarios.

Además del proyecto Bolonia, claro. No sé cuáles serán a la larga los resultados de ese nuevo programa de estudios europeos, pero, en principio, la cosa está resultando complicada. Los profesores se quejan de que se ven obligados a tratar a los alumnos como si fueran estudiantes de bachiller y a invertir un montón de tiempo en tareas burocráticas. Y los universitarios, por su parte, comienzan a protestar por la escasa calidad de la enseñanza.

La Universidad de Oviedo no se libra lógicamente de estos problemas. Entre otras cosas, la falta de presupuesto ha obligado al equipo directivo a organizar grandes grupos donde los alumnos se concentran como ovejitas de un enorme rebaño: no hay dinero suficiente para impartir las clases en grupos pequeños. Conozco a profesores que tienen que comprarse los ordenadores y otros materiales de investigación de su propio bolsillo. Y, hace tan sólo unas semanas, muchos jóvenes estudiantes se manifesta-

ban por las calles de la ciudad reclamando una mejora de sus condiciones. Ahora bien, esa institución se ha autoproclamado pomposamente "campus de excelencia internacional". Y para llevar a cabo tan prometedor proyecto, necesita por lo visto oficinas de lujo. No aulas, ni laboratorios, ni bibliotecas, ni profesores. Para todo eso no hay dinero. Para las oficinas, en cambio, el actual equipo rectoral dispone de un presupuesto de 1.200.000 euros, que tal vez se conviertan en dos millones o más. Y eso, a pesar de que la misma universidad tiene muchos metros cuadrados de oficinas desocupadas o infrautilizadas.

Para organizar esos espacios que imagino fastuosos, el equipo rectoral ha desalojado a cuatro ancianos de uno de los viejos edificios de viviendas para catedráticos en los que esos profesores –ya jubilados– llevaban viviendo 40 años. Y lo ha hecho de muy malas maneras, sometiéndolos a eso que se llama *mobbing* inmobiliario y obligándoles a vivir en unas condiciones indignas, hasta que lograron que se fueran. Sé bien cuáles han sido sus sucios trucos: una de las personas que han tenido que dejar su casa es mi propia madre, viuda del catedrático de Literatura José Miguel Caso González. Una vez consumada su canallada, le deseo a la universidad que las oficinas les queden muy monas. Y si los alumnos salen de sus aulas con una formación de mierda, pues nada, qué se le va a hacer. Lo primero es lo primero. Y la imagen, como ha dejado claro el rector Gotor y su gente, es más importante que la enseñanza. Viva el futuro de nuestros universitarios. O



PATRICK THOMAS

Sé bien cuáles han sido sus sucios trucos: una de las personas desalojadas es mi madre